

La ley de la entropía e izquierda abertzale

[RAMON ZALLO]

ORDOÑEZ no dejaba indiferente a nadie. Adorado por el votante PP, era —no seamos hipócritas— vilipendiado políticamente por casi todo el resto del espectro. Era especialmente molesto para el entorno de la izquierda abertzale, aunque muchos deploran su muerte en sí y por lo que significa. Después de lo de Ordóñez ya no hay que pertenecer a los cuerpos policiales o ser sospechoso de narcotráfico para entrar en zona de riesgo. Basta con tener ideas contrapuestas al MLNV y organizarse para defenderlas. El derecho a discrepar que creíamos haber conquistado contra Franco está en el paredón.

Ordóñez —parece terrible tener que decirlo así— era un objetivo militar selectivo y claro para ETA. Una *ekintza* limpia, sin «riesgos colaterales». Un atentado que, salvo para quienes ya rechazan la vía armada, se supone que unificaría voluntades en el entorno ideológico de ETA.

Sin embargo, el tiro ha sido doble. Ha acabado con un honesto representante democrático y ha salido por la culata del ejecutor. Mientras algunos abertzales, de forma cainita, se habrán alegrado, otros, también de la izquierda abertzale, repudian el atentado, así como esos dos comunicados de HB que hacen exactamente el mismo recorrido mental que el PSOE para afrontar el tema del GAL. Primero se recurre a la *teoría del contexto* —«el GAL fue necesario» se dice en círculos del PSOE con la boca pequeña; hay que reflexionar sobre las «causas de la violencia» se dice en el primer comunicado de HB—. Después se recurre a la *teoría de la conspiración* —una maniobra contra el Gobierno, dice el PSOE; hay «una cruzada anti-vasca», dice el segundo comunicado de HB—. Por último, hace entrada la *teoría de la división impermeabilizada de poderes* —el Gobierno no tiene responsabilidades políticas hasta que no haya sentencias; no se endosa a HB lo que es de ETA, HB tiene su propio «proyecto político»—. Se llaman andana. Se trata de lógicas autistas para convencidos.

Una gran oportunidad perdida. El gran debate político que estaba teniendo lugar en orden a depurar responsabilidades por los

atentados del GAL, implicaba a todas las corrientes políticas, a todos los poderes, a toda la población y a todos los valores, y tendía —tiende— irremisiblemente a una autopurga mas o menos limitada del sistema democrático. Ese debate tenía un gran defecto. No estaba presente el agente que fue la principal víctima del GAL: ETA. Tenía que personarse. Con el atentado a Ordóñez se ha hecho presente en el debate con la peor de las propuestas posibles: un escatológico «sin mí no hay salvación». Cabía otra propuesta, pero hace tiempo que la huida hacia adelante ha sustituido a la reflexión en el MLNV. Me explico.

Desde HB tenía que haberse visto este momento como un

Después de lo de Ordóñez, el derecho a discrepar que creíamos haber conquistado contra Franco está en el paredón

gran momento político, de profunda crisis de gobierno, de crisis en las relaciones entre poderes (una crisis de Estado que no del sistema), de revisión del Estado de Derecho, de reconsideración de las políticas anti-terroristas, de reformulación del frentista Pacto de Ajuria Enea y de oportunidades para cuestionar el Título VIII. En suma, desde su lógica, era un momento de debilidad del enemigo. Tras años de pérdida de iniciativa, era un momento dulce para la izquierda abertzale, menos por ciertos propios —las elecciones pasadas simplemente contuvieron la hemorragia— como por desastres ajenos.

Era un momento clave para lanzar un órdago, una propuesta sería de tregua y negociación, preparada previamente con discreción. Hubiera sido acogida con júbilo en Euskal Herria y apoyada por todos los nacionalistas. El PSOE, posiblemente, se hubiera sumado a ella como a un clavo ardiendo para pasar a la Historia como los que, rec-

tificando su papel en el GAL, apostaron al final por la paz.

Era El momento. ¿Qué otro momento, antes o después, era o es el adecuado para negociar en condiciones de fuerza o de poca debilidad? Algunos hemos llegado a la conclusión de que para ETA el momento de la negociación siempre será... mañana. Y ello por razones distintas según las épocas: por no estar nunca acumuladas las fuerzas suficientes; por conservadurismo de un aparato militar que siempre se autojustificará en el «monopolio de la violencia» del adversario; por mantener prietas las desgastadas filas; por no plantear siquiera la posibilidad de situaciones que pudieran crear crispaciones o ilusiones internas, como ya ocurriera en Argel... Todo ello invita a convertir, tanto en ETA como en HB, a los moderados en rehenes permanentes de los radicales en aras de la unidad y a que, en épocas electorales, los menos duros tengan un protagonismo funcional embellecedor.

La salida a esta situación es cada vez más oscura. Cualquier proyecto de construir una izquierda abertzale puramente política, madura y que sume, está descartada a medio plazo. Lo lamento como persona de izquierdas y abertzale que no pertenece a la Izquierda Abertzale. La vieja generación dirigente de ETA y HB —la depuración de dirigentes en los últimos 15 años ha sido impresionante— está siendo desplazada por la nueva generación KAS que no se educó en la lucha por las libertades democráticas sino en el menosprecio de las que ya hemos conquistado. Esa juventud no se ha formado en los principios de la izquierda —contrariamente a lo que suele decir Arzalluz— ni tampoco del nacionalismo tradicional. Su referente es doble: un hipernacionalismo fundamentalista que parte de una inexistente agonía de la Nación —el primer comunicado de HB utiliza el concepto de «liquidación de la nación vasca»— y un guerrillerismo izquierdista de otras épocas y contextos, llegando a mitificar el valor en sí mismo del mantenimiento de un aparato armado.

El recurso a la violencia para cualquier situación está servido, puesto que siempre se legitimará en la hipotética bondad de los objetivos. Dan pánico los valores al uso. La vida es inmolada en el altar de la Causa. ¿Qué diferencia hay entre el



EL MUNDO

GIA argelino (la lucha contra el infiel) y la violencia etarra (la lucha contra el opresor en un contexto en el que no hay invasión, ni colonialismo y ni siquiera se vincula la violencia a la independencia sino sólo a la negociación, a la salida de la propia organización armada)? Para ese viaje ¿tantos muertos y presos como alforja? Un ejemplo en lo inmediato. Ante los ertzainas se reivindica la autodefensa —sería entendible ante los excesos— y, sin embargo, lo que se ve es una guerra sin cuartel contra la Ertzaintza. ¿No sería más defendible reivindicar un sistema de control parlamentario y civil de su formación, de sus actuaciones? ¿En qué ideología han educado los viejos dirigentes abertzales a la siguiente generación?

El estreno de la autonomía. La nueva teoría de la división de funciones, de la especialización, de la autonomía, entre HB y ETA que se plantea en el texto de debate *Oldartzen* es una nueva variante en el enésimo ensayo histórico de relaciones entre lo político y militar en ETA y su entorno. Pero no ha podido tener peor comienzo, y es que no puede ser de otra manera. La autonomía de la iniciativa política de HB es una pura ilusión. Un atentado —dejando a un lado cuestiones éticas que, sin embargo, son las más decisivas y, además, códigos comunicables para la vida en sociedad— automáticamente deslegitima cualquier iniciativa importante de HB. Por ejemplo, un hipotético atentado a Atutxa —nunca desmentido— hubiera

arruinado la pasada campaña de HB; la iniciativa de HB de una Comisión de Investigación parlamentaria sobre los GAL queda tocada cuando ETA mata a uno de los posibles miembros de la misma (Ordóñez). La lógica militar devora cualquier lógica política. No parece posible reservar la acción política sólo para los períodos entre dos acciones armadas.

En política son frecuentes las

En Euskadi ya no
hay miedo y ya no
caben
negociaciones
ideales. Sólo salvar
los muebles. Sería
una victoria

dos o cuatro caras del dios Jano —Ardanza, Arzalluz, Anasagasti y Txabarri han dicho cosas muy distintas estos días sobre el tema de los GAL—. Pero no hay fórmula que permita legitimar una doble y paralela estrategia política y militar. Hace años que ETA es un obstáculo para la construcción de la izquierda abertzale (no acumula fuerzas, la confronta con el resto de la población, impide cualquier política de alianzas y espanta a los compañeros de viaje) convirtiéndose, cada vez

más, en elemento meramente aglutinador, en referencia simbólica, con una lógica irreparable de desgaste de la corriente a la que dice servir. Haciendo de la necesidad virtud, un sector ha comenzado a considerar positivo el «somos menos pero más unidos». A este respecto el *Oldartzen* propone apaños donde se requieren cambios copernicanos. Otro sector, y con razón, quiere dar la batalla del cambio desde dentro.

En la actualidad una parte importante de la izquierda abertzale piensa que ya ha pasado un ciclo histórico y que lo importante es lograr cierta dignidad en una negociación centrada en ETA misma (los presos), en crear un ámbito favorable para una nueva acción política y en obtener algunos compromisos con otras fuerzas. Sin embargo, desde parámetros continuistas, ya se comienza a teorizar que la negociación no es a corto plazo, como si el precio colectivo en sufrimiento puede ir hasta el infinito o como si la izquierda abertzale tuviera todo el tiempo del mundo para construir una Euskadi que ya estará hecha por otros.

Paradójicamente un conservador ha pagado con su vida el conservadurismo del MLNV. La Ley de la Entropía, del desgaste irreparable por lógica interna, se ha adueñado del MLNV. Así lo atestigua el despilfarro brutal de fuerzas al que se asiste —miles de militantes y simpatizantes sin norte, inmersos en una lógica que no controlan— y una organización armada que amplía los objetivos militares, antes centrados en la llamada herencia del franquismo (policías, guardias civiles y militares) y, ahora, proyectados hasta el infinito de la propia sociedad civil y política: Ertzaintza, partidos democráticos, periodistas... Increíble. Todos enemigos. La víctima, puro azar.

Eso no es terrorismo de masas como en Hipercor o en el Banco de Vizcaya, pero sí terrorismo selectivo que busca generalizar el miedo para propiciar una hipotética negociación al alza. Es tarde para ambas cosas. En Euskadi ya no hay miedo y ya no caben negociaciones ideales. Sólo salvar los muebles. Sería una victoria. Aquella estrategia será la tumba de la propia izquierda abertzale. Un despilfarro histórico por no haber sabido encontrar la salida. Claro que siempre se podrá echar toda la culpa a los demás: los fascistas disfrazados, los estatistas, los nacionalistas traidores, los mensajeros incómodos, los blandos, los tibios, la población que no nos entiende, el género humano... Cada cual debería saber administrar lo que tiene.

RAMON ZALLO. Es Catedrático de Comunicación de la UPV/EHU y miembro del Consejo Editorial de EL MUNDO DEL PAIS VASCO

El recuadro

ANTONIO BURGOS

Quiero volver a San Sebastián



Tenía de San Sebastián una imagen ya amarillecida, de postales de viejos veraneos que familias andaluza guardaban en sus álbumes encuadrados en piel. Una imagen con una guerra europea al fondo, una España próspera en trigales y viñedos, que cada verano bajaba a la playa de la Concha, entre casas tardomodernistas y barandillas de balastradas de yeso, canotiers con trajes blancos, criadas con encajes y niños vestidos de marineritos del acorazado «España», todos rubios como infantes. Era un tiempo el que veía en aquella imágenes que transcurría lento y bello, con los verdores de Monte Urgull al fondo, con la isla de Santa Clara siempre como esperando que llegara un buque de la Armada con **Don Alfonso XIII** a bordo, quizá con el solo objeto de decirle al político **Rodríguez de la Borbolla**, ministro de Jornada, que aquí abajo en Sevilla había hecho aquel día 44 grados a la sombra, sólo para que la sorna liberal de **Perico**, acordándose de los tollos de la calle Sierpes mirando las velas de los pesqueros, responderle pudiera: «Señor, la que me estoy perdiendo...»

Tuve durante muchos años a San Sebastián como un sueño. Ese San Sebastián de la Restauración de los veraneos burgueses de España. El San Sebastián del Pacto por la República. El otro San Sebastián de la retaguardia de la Guerra Civil, que era el *San Sebastián* de las páginas del *Diccionario para un macuto de García Serrano*. El San Sebastián, por qué no decirlo, de la resistencia a la dictadura de **Franco**, de donde nos llegaban revistas y libros de versos. El San Sebastián del resurgir del nacionalismo burgués tras el advenimiento de la democracia. Ese San Sebastián que a los andaluces siempre se nos aparecía como un París con paseos por el Bulevar y un puente de Santa Cristina que disfrazaba de Sena el Urumea, adonde cada año llegaban las estrellas del festival de cine, en aquella escalera de honor que era un Hollywood con espatadaris. Soñábamos San Sebastián como soñábamos Venecia, o La Habana, o tantas ciudades queridas, con la admiración de la belleza de la ciudad desconocida y con la sana envidia de la sociedad que siempre iba en cabeza de la clasificación general de la renta per capita en la vuelta a España del desarrollismo que eran los tomacos de los estu-

dios del Banco de Bilbao.

Hasta que un día, por fin, llegamos a San Sebastián, a su brisa y a la pleamar con juegos de pelota de su playa, a los verdes increíbles de

la paleta de **Zuloaga** o **Regoyos**, a las salas sombrías y llenas de civilización del museo de San Telmo, donde nos emocionaba aquella tablita del hermano de **Bécquer** con un paseillo en la Maestranza del XIX. Un día, por fin, oímos las campanas de la Catedral del Buen Pastor y, andaluces al fin y al cabo y defensores de la cultura de la tapa, nos quitamos el sombrero ante la civilización del pincho, en esos bares del casco viejo que son espejo de convivencia de un pueblo de navegantes y de industriales, de recios jesuitas y de manos trabajadoras de astilleros y serradoras que hablaban por la pluma de **Gabriel Celaya**. No sin nostalgia, mañanas de paseos junto a la mar bravía, mediodías de pinchos en casa de **Juanito Kojúa**, tardes de cristalerías del bar del Hotel Londres, escaparates de las tiendas más refinadas que me pudiera encontrar, he de confesar que en San Sebastián fui feliz, entre aquellas gentes.

Ciudadanos los de Donosti que un día de junio de este año, por el mejor de los medios, que son las urnas, dijeron abiertamente no a los que querían convertir en un trozo ¿de qué?, aquella que para muchos andaluces es una utopía en forma de ciudad y de sociedad. La otra tarde, un disparo mató a un hombre que le quitó a esa querida ciudad el miedo, y le metió en los tuétanos la utopía siempre realizable de la libertad. Fue en un pequeño restaurante, de esos donde te sirven camareras con delantales blancos que siempre te parecen como monjas de clausura de las mesas y los fogones. Hoy, las campanas han tocado por ese hombre que ha muerto, y su tañido lo he oído hasta en la misma orilla del Guadalquivir donde antaño llegaban los comerciantes de Donosti con sus bergantines y sus goletas. Hoy, esa delicia en forma de ciudad ha guardado el silencio del dolor y de la esperanza. Yo también guardo silencio. Un silencio de espera. Quiero, cuanto antes volver a San Sebastián. Los españoles deberíamos volver a San Sebastián para decirles con nuestra presencia a los donostiarras que, hoy, más que nunca, estamos a su lado.